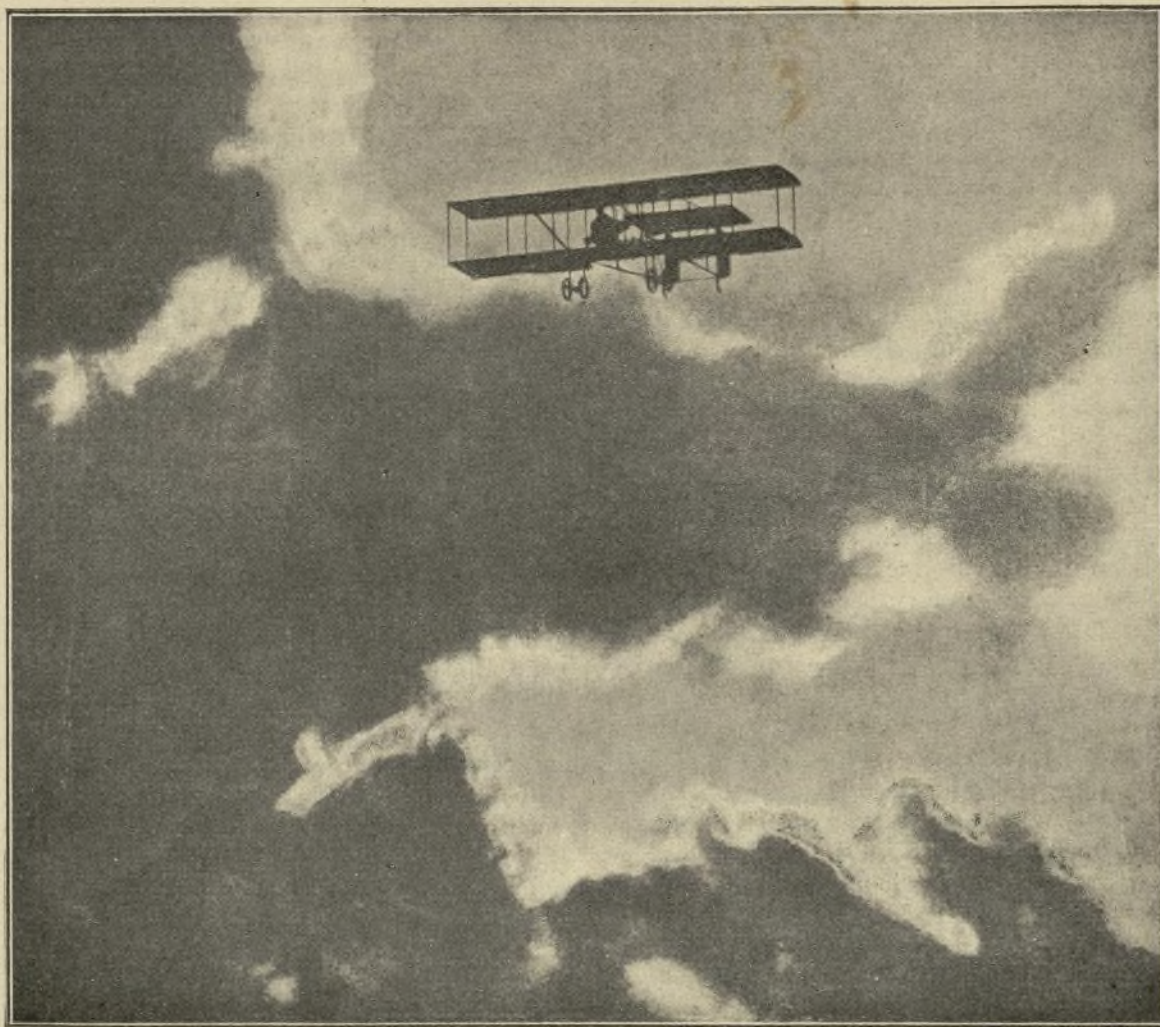


# LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 33.—BARCELONA 8 DE FEBRERO DE 1915



EL OJO DEL EJERCITO.—Observación desde un biplano, de las posiciones enemigas

## LAS BATALLAS DE LORENA

POR ANTON FENDRICH

(Conclusión)

Las primeras luces del alba comenzaron a iluminar la primera brigada de artillería bávara, que se encontraba con sus pequeñas piezas en el Tinkelberg. Dos artilleros permanecían apoyados sobre el parapeto que protegía a la pieza, enterrada en el terreno, y contemplaban cómo se iba haciendo de día lentamente. El tiro de cañón se oía en todas direcciones, menos en el sector de Saarburg, que permanecía tranquilo y silencioso. Hacia allá se distinguía la silueta oscura de un globo cautivo, sobre el Kirberg; el globo pertenecía al primer cuerpo bávaro. Pronto aparecieron junto a él, arriba y abajo de la cubierta del gas, las nubecillas de los shrapnels, con que le saludaban los franceses, coloreadas de rojo por los rayos solares.

Los caballos de la batería, que estaban atados

más atrás, a unos viejos perales, relincharon y dieron señales de agitación. Uno de los dos jóvenes artilleros era un hombre de letras, que, si bien oriundo del norte de Alemania, había servido quince años antes en Múnich; su camarada era guarda de caza, y en los felices tiempos de paz había jugado más de una vez con el otro artillero al juego del gallo, en las faldas de los Alpes.

—Girgl, dijo el letrado, ahora el mundo, tal como lo veo, me recuerda nuestra poesía: «Morgenrot, morgenrot, leuchtest mir zum frühen Tod.» (1)

—Déjame en paz con tus poesías, doctor—respondió el musculoso montañés—; todo esto es un desatino. No puedo comprender por qué ahora nos encon-

(1) —Estríbillo de un canto de guerra alemán: «¡Aurora, aurora, alúmbrame el día de mi prematura muerte!» — (Nota de la R.)



tramos aquí, cuando hace apenas cinco días estábamos en territorio francés, en Blamont. ¡Vaya uno a saber lo que han pensados los sesos que se alojan en las «grandes cabezas»! ¿Podrías decirme, doctor, a qué obedece nuestra retirada?

—Girgl—repuso el otro, cuya cara perfectamente afeitada en tiempo de paz estaba ahora cubierta de espesas barbas—, nadie debe pretender saber ni criticar los planes del Estado Mayor general. Los que nos mandan saben lo que quieren y cómo conseguirlo. Bien mirado, nuestra única obligación es ejecutar lo que nos manden las «grandes cabezas».

—Esto parece una sentencia de la Biblia, querido doctor—objetó el otro—; puesto que nos encontramos en guerra ¿qué finalidad tiene habernos metido primero en Francia para retroceder enseguida? Esto no es guerra, jesto es una vergüenza!

—Pero, Girgl, nuestro cuerpo de ejército se encontraba aislado y en una situación peligrosa.

—No es la primera vez que hemos estado solos, doctor, acuérdate.

—Estás diciendo tonterías—dijo reposadamente el hombre de letras.— Presta atención, Girgl, a lo que voy a decirte. Nuestro antiguo jefe del Estado Mayor general, el conde Schlieffen, hombre de gran capacidad, estarás conforme en que sabía algo más que nosotros dos juntos; pues bien, Girgl, aquel hombre profetizó que las batallas del porvenir, es decir, las de esta guerra, serían de proporciones colosales. Frentes inmensos con alas muy distantes y alejadas, para abrazar amorosamente al adversario y envolverle, constituyen el fundamento de la estrategia moderna. Además, apenas se dispare el primer cañonazo, cada una de las armas en particular, y cada uno de los hombres del ejército, han de poner todas sus energías al servicio de la conveniencia general. Pero esto sólo es posible cuando la línea no presenta entrantes y salientes que penetran y se confunden con la enemiga. Y ahora tengo la convicción que esta misma mañana va a empezar una de las batallas de aquella clase, así como que si retrocedimos desde Blamont fué para llenar el hueco que había quedado en nuestro frente de batalla.

—Tal vez—murmuró el montañés;— pero ¿por qué estamos ociosos sin disparar un solo cañonazo?

Detrás de ellos se oyó un fuerte rumor en el aire. Alzaron sus cabezas en aquella dirección, y vieron un aeroplano que descendía con el motor parado, en vuelo planeado; la máquina rompió algunas ramas de los perales y fué a tomar tierra en un campo de avena.

—¡Ira de Dios!—dijo el piloto del aeroplano,— ¡por esta vez todavía hemos escapado bien!

Girgl y el doctor corrieron hacia allí:—¿Ha ocurrido alguna desgracia? ¿Ha habido algo desagradable?

—Los franceses nos han cortado dos alambres con sus disparos, y hemos tenido que descender en vuelo planeado. Pero sabemos todo lo que queríamos saber.

El piloto saltó del aeroplano y ayudó a salir de su asiento al teniente observador.

—Muchacho—exclamó éste,— te digo que se desarrollan dos frentes, separados cinco kilómetros, desde el Monte Donon hasta Gravelotte, formando un conjunto grandioso. Desde Dieuze, por Remilly

y luego Metz hasta la frontera de Luxemburgo, se encuentran allí los pantalones rojos, y aquí los grises. He contado siete cuerpos de ejército en nuestro campo y ocho en el enemigo.

Mientras hablaba, se acercaba a pleno galope un ordenanza de caballería montado en un caballo blanco. El teniente observador entregó el dibujo del campo de batalla que había bosquejado durante el reconocimiento, así como el parte redactado, documentos que el general comandante había enviado a recoger cuando vió que el aeroplano se preparaba a tomar tierra; el cuartel general se encontraba en el Kastelwalder, aldea situada entre Hilbesheim y Saarlendorf. No había pasado un minuto, cuando el jinete cabalgaba de nuevo y se alejaba a gran velocidad. Un cuarto de hora después, se vió otro jinete galopando hacia la colina, portador de la orden de ataque, que los bávaros aguardaban con impaciencia. Se deseó buena suerte a los aviadores, y todos marcharon a las piezas.

De pronto resonó un inmenso rumor, una mezcla de estampidos, de ruidos fragorosos, de detonaciones, de estallidos, como si el infierno se hubiera desatado sobre aquel lugar. La tempestad se acababa de desarrollar sobre el enemigo, con todos sus horrores y un estrépito espantoso. Casi enseguida, por encima de aquel horrible ruido, y dominándolo, se extendió el más grave de los obuses pesados de campaña. Ellos se encontraban detrás del Tinkelberg y al norte de Rieding, y en unión de los morteros del catorce regimiento de artillería a pie, que disparaban sus leones de bronce, situados a cubierto detrás de Hilbesheim, batieron a las posiciones francesas, saludándolas siniestramente. Bajo la protección de este fuego, las secciones de infantería fueron tomando posiciones en las trincheras, entre Oberstinzel y Zittersdorf, mientras las líneas más avanzadas iban extendiendo la muerte en las baterías francesas que aún estaban en primera línea. Desde el amanecer hasta la once de la mañana, nuestra artillería estuvo batiendo los dos frentes del adversario, distinguiéndose la artillería pesada por los sangrientos destrozos que causaba en el adversario. Nuestros artilleros servían las piezas con la mayor tranquilidad, sin dejar la pipa de la boca, favorecidos por el hecho de que los disparos de los cañones franceses de 75 milímetros no llegaban a su posición. De consiguiente, la artillería alemana a pie fué cañoneando las trincheras enemigas, una detrás de otra. Bastaban pocos disparos de la nueva arma del ejército, para derribar en tierra compañías enteras del enemigo. Donde estallaba una de sus granadas, el efecto era horrible e inmediato. Cada vez que se veía una sección de infantería francesa, que corría hacia atrás buscando amparo contra nuestro fuego, no tardaban en estallar sobre ella nuestras granadas, lanzando por los aires cabezas, miembros y cadáveres.

El período comprendido entre las once de la mañana y las dos de la tarde es el más impropio para el combate de los franceses. Este hecho se ha observado repetidas veces en la presente guerra, y ha sido debidamente aprovechado. Así sucedió que la infantería enemiga situada al N. de Saarburg y en las lindes de los bosques al O. del río, ocupada en preparar su comida, se vió sorprendida por el ataque alemán. Las piezas más ligeras, que habían adelan-



tado desde el Tinkelberg sobre el Saar, rompieron el fuego sobre el bosque, sembrando la muerte entre los grupos de árboles, cuyos secos y sedientos troncos se humedecieron con la sangre de muchas víctimas.

En el ala izquierda del ejército alemán, cerca de Saarburg, empezó al mismo tiempo el ataque por el primer cuerpo bávaro y el catorce (badense), los cuales marcharon de concierto adelante, con incomparable bravura.

Nadie se quedó atrás. El avance tuvo lugar sobre un terreno llano y sin la menor protección. Los heridos se abstuvieron de lamentarse y lanzar ayes; los que todavía se encontraban en disposición de marchar, pese a sus lesiones, se encaminaban por su pie a los puestos de ambulancia; y los demás se mantuvieron tranquilos aguardando que los recogiera la sanidad, sin impacientarse cuando el mucho trabajo que pesaba sobre los sanitarios era causa de que no se les atendiera con la debida presteza. Iniciado nuestro ataque, la artillería francesa entró en actividad. Por fortuna su tiro no fué bien dirigido, ni de buen material los proyectiles. La mitad de las granadas se clavaban en tierra sin causar daño, lo cual fué una fortuna, pues de lo contrario las bajas de los bávaros y badenses, el 20 de agosto, hubieran sido un 25 a 50 por ciento mayores de lo que fueron. En todos palpita el mismo sentimiento de vencer a todo trance. El ardiente sol que brillaba sobre el campo de batalla era como la luz de un espíritu que inflamaba a todo el ejército alemán y que se propagaba por las filas, llevando a ellas los impulsos del comandante en jefe. El alma de Schiller y de Kleist se cernía sobre aquellos campos, pero sus versos estaban dedicados a la muerte y desolación producidas por las granadas. La muerte iba extendiendo sus implacables brazos sobre las tropas alemanas. Pero, llevadas de su deseo de apoderarse de Saarburg, nuestras bravas fuerzas no se dejaron dominar por aquellos naturales sentimientos que la muerte inspira en todos los hombres, cualesquiera que sean su linaje y su nacionalidad, y afrontaron todos los peligros con virilidad ejemplar.

De esta manera, los dos cuerpos (bávaros y badenses) continuaron sus asaltos en terreno descubierto, marchando sin cesar en dirección a Saarburg, hasta conseguir arrojar al enemigo de las casas de los arrabales, pese al fuego que se les hacía desde los edificios y desde la torre de la iglesia. Al cabo de una hora de combate, fué conquistada la parte sur de Saarburg hasta la mitad del pueblo. La lucha más sangrienta tuvo lugar en el cementerio, donde los franceses reunieron sus fuerzas y se aprestaron a defenderse con la energía de la desesperación; a centenares cayeron entre las fosas; nuestro tiro puso al descubierto los esqueletos, con los cuales fueron a mezclarse los nuevos moribundos, y aparecieron de nuevo a la luz del día aquellos restos humanos que creyeron encontrar un descanso eterno en el sagrado lugar. Los combatientes lucharon al arma blanca. Las cruces fueron destrozadas y pisoteadas las flores. Un Cristo de bronce que se alzaba en medio del cementerio fué alcanzado por una granada, y pareció que alzaba su vista hacia los cielos para lamentarse de aquella espantosa furia. A las seis de la tarde el enemigo se declaró en plena retirada, y Saarltdorf

y los bosques de Dolvingen cayeron en nuestras manos. Al anochecer, el enemigo intentó un contraataque entre Saarburg y Buhl; pero fué sangrientamente rechazado por la primera brigada de infantería. El fragor de la pelea se prolongó hasta hora avanzada de la noche, y nuestras tropas no pudieron gozar de algunas horas de descanso hasta que llegó el alba del siguiente día; entonces anunció el comandante en jefe del ejército que la batalla se había resuelto en todo el frente, y que nuestras armas acababan de obtener una espléndida victoria, que abría la frontera de Lorena, hacia donde íbamos a marchar.

Del conjunto de batallas que constituyeron la jornada del 20 de agosto, entre Metz y los bosques de los Vosgos, la mayor y más importante fué la de Saarburg, siguiéndole en importancia la refida en Dieuze. Nuestras tropas apostadas en aquel sector junto a Burgaltdorf y al Norte de Dieuze, en trincheras abrigos, permanecieron cinco horas por la mañana esperando que llegara la orden de ataque general. El enemigo había cubierto su posición principal con otra más avanzada, en el bosque de Monacker, cerca de Vergabille. A nuestro primer avance, replicaron los franceses con un enérgico ataque, pero bajo el fuego de regadera de nuestras ametralladoras fueron segados, como por mortal guadaña, los batallones enemigos. Cuando más entusiasmados estaban los nuestros en su avance, un terrible fuego de flanco cayó sobre ellos. Entre las espesas filas de cepas de los viñedos al NE. del bosque de Manck, brillaron las armas, y como una sección de badenses se internara en las mesetas del Rebberge, desde todas las casitas de campo de aquellos alrededores partió un vivo fuego. Unos treinta franco-tiradores fueron muertos en aquellas casitas, las cuales también quedaron sometidas al tiro de nuestra artillería ligera. El furor que este pequeño contratiempo encendió en nuestros soldados fué tal, que mucho antes de que llegara la orden de ataque, ya se habían armado las bayonetas y comenzado el asalto. El espacio de doscientos cincuenta metros que separaba a nuestras tropas de la posición francesa fué recorrido de una sola carrera, y el enemigo huyó sin esperar el encuentro, perseguido por un vivísimo fuego de nuestra artillería. Dieuze quedó evacuado y el adversario se retiró con tanta precipitación, que abandonó toda su artillería. Desde la colina al O. de Vergaville retumbaron los disparos de nuestros obuses de campaña, sembrando el desorden en las masas de fugitivos franceses, y abatiendo muertos en tierra y por los caminos los caballos de la artillería enemiga en retirada. Mucho antes de cerrar la noche, quedó resuelta la batalla en Dieuze. Los prisioneros hormigueaban por todas partes. Los caminos que conducen desde Lorena a Francia quedaron llenos de prisioneros con sus uniformes de vivos y variados colores, y de armas de todas clases.

Al S. de Saarburg, hacia los Vosgos, al N. de Dieuze y Metz, los ejércitos alemanes tropezaron con escasa resistencia. Los ocho cuerpos de ejército enemigos derrotados, retrocedieron casi sin excepción sobre sus fuertes de la frontera, y al reanudarse los combates en la mañana del 21 de agosto, se vió que los franceses no habían dejado atrás más que algunas retaguardias para proteger la retirada. En



vano nuestros oficiales se esforzaron en obligar al enemigo a reanudar la lucha. Entre los carros y vehículos de todas clases y dejando atrás los arzones y avatarenes destrozados, innumerables masas de soldados de todas las armas se precipitaron hacia el O., buscando amparo y refugio en las fortalezas de la frontera. Diez mil prisioneros e innumerables cañones cayeron en nuestro poder. En los últimos días de agosto, se extendió por todos aquellos campos, en una extensión de veinte horas de camino, un hedor insoportable, causado por la putrefacción de los montones de cadáveres, triste consecuencia de una batalla, la primera de la época moderna, que se había desarrollado como pronosticara el sabio jefe del Estado Mayor general von Schlieffen.

En la tarde del 21 de agosto, una ola de alegría se extendió por Alemania; sonaron las campanas, oyéronse las músicas, se ostentaron las banderas, como no se había vuelto a ver desde los felices días de 1870.

Con paciencia y confianza todo el pueblo alemán aguardaba la noticia de la primera victoria, debida a la sabiduría de los jefes y al heroico valor de las tropas; para cuantos tuvieron que quedarse en Alemania, este magnífico comienzo de la guerra fué un feliz presagio de su gloriosa terminación.

(De *Der Krieg*).



PLANO DE LA BATALLA DE LORENA

La línea de trazos y un punto indica la situación del ejército alemán el 19 de agosto; la de trazos y dos puntos, el 20 de agosto; la de trazos y tres puntos, el 21 de agosto; la de trazos y cuatro puntos, el 24 de agosto; y la de trazos y cinco puntos, el 25 de agosto.

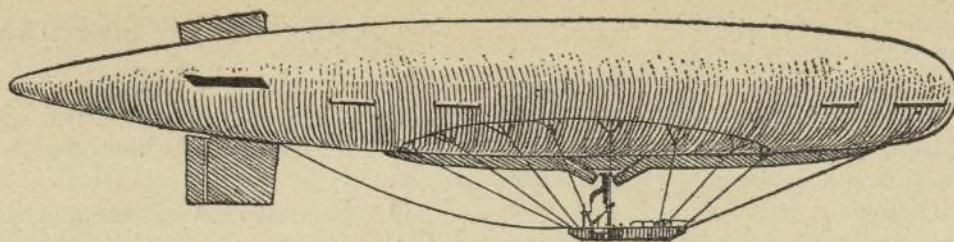


El nuevo uniforme de campaña del ejército inglés



El nuevo uniforme gris de campaña del ejército francés





Dirigible alemán tipo Parseval

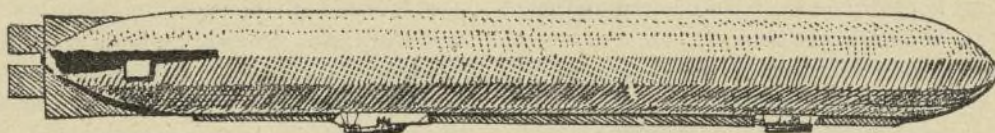
## CONVERSACIONES DE LA GUERRA

¡Todos malos, y nosotros...!

(El señor A.)—¿Qué nuevas proezas me cuenta usted de los alemanes, don Subrio?

—No me hable V. de los alemanes, que me tienen muy disgustado.

deplorable ocurrencia de comparar aquel combate con los memorables y decisivos de Gravelotte, que es como si comparásemos la luna con el sol. Y no para ahí la torpeza, sino que ya empiezan a decir que las pérdidas del enemigo han sido espantosas, que si sus muertos y heridos (los del adversario) han sido tantos o cuantos, y otra porción de lindezas que saben ellos tanto como yo el chino. Resueltamente,



Zeppelin alemán

(El señor A.)—Parece mentira que le agrade a usted tanto ocuparse humorísticamente en la guerra; una cosa tan seria y tan...

—No estoy de humor, señor A.; digo muy seriamente que los alemanes me tienen muy disgustado.

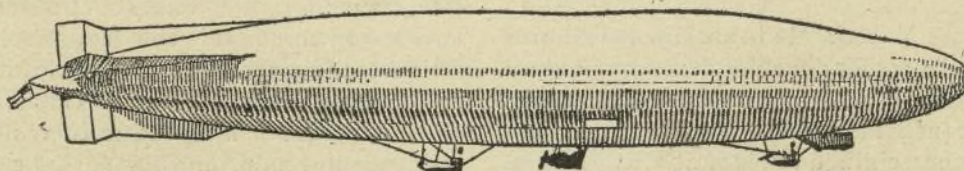
(El señor B.)—¿Qué ha sido ello?

—¿Me lo pregunta V? Me encantaban la seriedad

estos alemanes no son los de hace cuarenta años, ni siquiera los de hace cinco meses.

(El señor B.)—Pues si los alemanes se conducen así, ¡qué harán los franceses!

—Se engaña V. Los franceses, que comenzaron ocultando sus terribles derrotas y cuyos partes no eran más que trozos de novelas de Ponson du Terrail, por lo disparatados e inverosímiles, están mo-



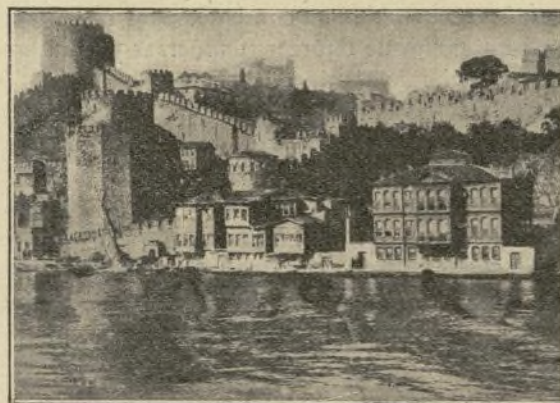
Dirigible alemán tipo Schutte-lanz

y la concisión de sus partes oficiales, y la sistemática omisión en ellos de apreciaciones y juicios que no podían ser comprobados. Los hechos eran lo interesante, y a ellos se concretaban aquellos partes. Pero ahora, con motivo de su victoria al N. de Soissons, han echado las campanas al vuelo y han tenido la

dificando a toda prisa su conducta y ¡pásmense ustedes! se van formalizando. Ni han ocultado la derrota de Soissons, ni omiten ya los descalabros que de vez en cuando padecen, aunque todavía ponderan demasiado los éxitos que alcanzan. Decididamente el mundo se desquicia y parece que lo han vuelto del revés



Combates de frontera en el Pruth: landsturm polaca esperando al enemigo



Constantinopla: orillas del Bósforo



(El señor A.)—Menos mal, para V., don Subrio, que los ingleses, sus queridos amigos...

—Ni siquiera por ahí encuentro consuelo. ¿Querrán Vdes. creer que los ingleses se lamentan de que su Gobierno no permitiera publicar el descalabro de Givenchy, y están ahora envidiando a los franceses, porque, dicen, Francia se está mostrando más fuerte y más impasible que la altanera Albión, que tiene que callar sus pequeñas derrotas para que no tiemblen los plutócratas de Londres? A este paso van a concluir los alemanes por donde comenzaron los franceses y britanos, y éstos últimos me parecerán alemanes.

(El señor A.)—¿Y los turcos, rusos...?

—Siguen obrando como ejércitos de opereta. Son incorregibles. Todos los días pregonan sus triunfos admirables, pasmo del mundo y de los siglos. Rusos, austriacos, turcos y serbios quedan a la misma altura, la altura de la columna termométrica en esta época, es decir, bajo cero.

(El señor B.)—Y aquellos *Uremias*—no del riñón, sino del tiempo o *Times*, como V. decía, —¿continúan todavía tan jocosos y divertidos?

—Ni siquiera por esta parte puedo encontrar alguna nota distraída, que amenice la seriedad y monotonía de la guerra. No ya los tres *Tiempos*, sino en general todos los periódicos de la triple alianza se han pasado al campo de la doble, y la prensa de los países beligerantes va dando más muestras cada día de respeto al adversario y de templanza en la expresión. Voy a aprender el turco, porque me parece que será éste el único medio de encontrar algo cómico y ameno.

(El señor A.)—Sí que viene V. pesimista hoy, don Subrio.

—No lo sabe V. bien. Me había forjado la ilusión de que los cinco grandes pueblos de Europa quedarían destrozados y agotados, y me refocilaba pensando que los pequeños saldríamos bien parados y sin tener que lamentar ningún menoscabo en nuestros intereses nacionales, pero, desgraciadamente, me parece que la paz se acerca más deprisa de lo que nos convendría, y los pelos se me ponen de punta.

(El señor B.)—No me explico la consecuencia que V. deduce.

—Se han roto muchos platos y alguien los ha de pagar. Si los grandes no se despedazan y llegan a poner término a su querella, ¿quiénes creen Vdes. que van a pagar las costas del pleito? Cuando dos lobos riñen, los rebaños se alegran y descansan, pero si aquellos suspenden su combate, para restañar sus heridas, tienen que reforzar sus fuerzas y su alimentación, y... ¿he de continuar?

(Los señores A. y B.)—No, no hace falta. Pero, ¿no tienen tiempo los pacíficos rebaños para ponerse en salvo?

—Lo tienen, pero no lo aprovechan. Estamos volviendo la espalda al peligro y nos entretenemos en discusiones caseras y en minucias de comadres. He sido mucho tiempo ferviente devoto de Santa Bárbara, pero ahora ya sólo me inspira devoción Santa Rita.

(El señor A.)—¿Santa Rita?

—¡Sí! ¡Abogada de lo imposible!

SUBRIO ESCÁPULA.

## LAS TROPAS SIBERIANAS

Traducimos a continuación el interesante artículo sobre las tropas siberianas, escrito por el capitán del ejército ruso Smolianinov.

Hasta mediados del siglo pasado no comenzó en Rusia con energía la formación de las tropas siberianas.

Debían distribuirse a lo largo de la frontera y defender el enorme frente de millares de kilómetros que media desde los Urales hasta el océano Pacífico. Dándose cuenta de lo penoso del servicio en aquellos países salvajes y deshabitados, el Gobierno decidió que las tropas que iban a ser destinadas a Siberia no pertenecieran al contingente de reclutas, sino que los oficiales y soldados fueran de los que ya llevan algún tiempo de servicio. En aquella época, el pueblo sabía tan poco de lo relativo a Siberia, que los voluntarios para marchar allá podían contarse con los dedos. El destino se efectuó por sorteo, pero antes de marchar a Siberia tenía lugar un reconocimiento médico; para los contingentes de tropa, se enviaron diez soldados por compañía, procurándose que además de estar sanos supieran leer y escribir, y tuvieran una conducta irreprochable. Los preparativos de la expedición fueron laboriosos y complicados. Compráronse caballos, se equiparon vehículos, y se vendió el material anticuado para adquirir otro más en armonía con las futuras necesidades. Los oficiales y algunos soldados viajaron con sus familias; y los que pudieron se llevaron consigo sus ganados y todos sus efectos domésticos, preparándose para residir para siempre en Siberia. Muchos de ellos están ahora establecidos al otro lado de los Urales y se han confundido con la población indígena, identificándose sus intereses con los de ésta. Otros han seguido a las órdenes del Gobierno, pero sin pensar en regresar a Europa. Nuevos hombres les iban substituyendo, muchos de los cuales a su vez se iban quedando en aquel país.

Los que partían a Siberia se consideraba que habían emigrado y poco menos que cesado de existir. Hasta que se concluyó el ferrocarril transiberiano, los correos eran tan raros, que un oficial destinado en Novokievsk, en la frontera de Corea, no podía recibir noticias de sus parientes en Moscú más que tres o cuatro veces al año. Había entonces, y aún hay, ciertos puestos militares que no pueden enviar una carta durante cuatro meses, o sea cuando se suspende la comunicación por el río y los hielos forman una barrera infranqueable. Una de las ciudades más típicas que hay en estas condiciones es Nikolaevsk, población importante en la boca del Amur, y distante de la inmediata, Jabarovsk, un millar de kilómetros, sin otro enlace con ésta que un mal camino de herradura a través de las montañas. La única comunicación entre ambas poblaciones, digna de aquel nombre, es el Amur, que al pasar por Nikolaevsk lleva un volumen de agua inmenso, que ocupa una anchura de cuatro kilómetros y de una profundidad tan grande que pueden llegar a la ciudad los grandes trasatlánticos, aunque la bahía está separada de los estrechos de Tatar por un estuario de 60 kilómetros de anchura.

Hasta los Urales el viaje no tropieza con grandes



dificultades, utilizando los vapores y ferrocarriles, pero estas comienzan en Ekaterinenburg o Chelyabinsk. Toda la distancia que han de recorrer los batallones de guarnición en la frontera china ha de hacerse a pie, y únicamente los destinados al Pri-Amur pueden hacer la última parte del recorrido por vía fluvial, aunque antes de llegar a ella han de marchar 1.000 kilómetros por etapas ordinarias.

Los batallones semejan en el camino una larga cinta. Primero van dos compañías, luego los carros con provisiones, vestuario, equipo y municiones, luego otra compañía y los efectos de campamento de las familias de oficiales y tropa. Desfilan carros y vehículos de todas las variedades, manteniéndose a los dos lados de las mujeres y niños, patrullas y secciones de tiradores. Al anochecer, la caravana se aparta del camino y acampa en un lugar cuidadosamente elegido, confundiendo con los toques de corneta los gritos de los niños.

En la Siberia occidental, donde la línea de marcha de los batallones pasa por el camino principal, los altos se hacen en las ciudades, prósperas y laboriosas, como todas las de Siberia. Se descansa allí un día o dos, y luego se reanuda el viaje. A medida que se avanza hacia el E. las dificultades aumentan. El «taigla» o matorral siberiano empieza, con sus estrechos pasos obstruidos a menudo por las raíces. Millares de mosquitos e insectos vuelan sobre la columna, turbando la tranquilidad de personas y bestias, y cuando el batallón se detiene por la noche, ha de establecerse un cordón espeso de centinelas con los fusiles cargados, porque son de temer los ataques de las fieras, atraídas por el olor de carne fresca. Así se deslizan las semanas, a través de ciudades, aldeas y solitarias zaimki, o granjas, muchas de las cuales pertenecen a antiguos desterrados, hasta llegar a Sryetensk, sobre el Schilka. Aquí comienza una larga navegación sobre el río, formándose almadías y balsas. Este viaje constituye un descanso largo tiempo esperado. Los soldados se lavan y pueden ocuparse en el aseo personal, componen sus uniformes y el calzado, muy destrozados por el paso por las selvas. Al anochecer se atraca, y la caravana desembarca y toma una comida caliente. Como por arte de magia, una ciudad brota a la orilla del río. A la luz de las hogueras, los fugaces habitantes se reúnen en grupos y mantienen animadas conversaciones, hasta que el redoble de un tambor o el toque de una corneta les recuerda que es la hora de la oración. El batallón forma, los sargentos pasan revista, y se destacan los armoniosos cantos de las plegarias y el himno triunfal ruso, que se oyen muy a lo lejos.

Con la llegada de los expedicionarios al punto señalado no han terminado sus privaciones. Muchos batallones, que tienen que cubrir una distancia tan larga como la de Javrovsk, han de internarse en selvas impenetrables, y su trabajo comienza entonces. Hachas y otros útiles son conducidos al punto del trabajo, y en aquellos parajes donde no había nunca penetrado el hombre, se oye el ruido del hierro. Pronto surgen habitaciones y oficinas, en forma de barracones, y establos, y la nueva población va mejorando poco a poco.

En otoño, cuando se desatan las terribles lluvias y el viento del mar, aparece ya un verdadero cuartel,

con avenidas en vez de calles. Así se han creado casi todas las ciudades del Extremo Oriente: Javrovsk, Novokievsk, Possiet, Iman, Schkotovo, Barabasch, De Castries, y muchas otras, que son ahora verdaderas ciudades y centros industriales y económicos de real importancia, poseyendo municipios y hasta periódicos.

La historia de De Castries es particularmente instructiva. Era un lugar insignificante en la costa del mar, separada del Amur por una lengua de tierra de unos 40 kilómetros, en medio de la cual se encuentra el amarillento lago Kisi. La importancia estratégica de De Castries es enorme. El mar forma en aquel punto una excelente bahía, profunda y bien protegida, que podía utilizarse fácilmente para un desembarco. Las tropas que desembarcaran, podrían, sirviéndose del lago, llegar hasta el Amur fácilmente y establecerse sin dificultad en medio de aquellos terrenos y hasta las bocas, teniendo a su disposición la fortaleza de Nikolaevsk que cierra la entrada en el Amur desde el estrecho de Tatar. Hoy, De Castries es una plaza fortificada. Pero apenas hace cinco años no había más que un tosco faro y el cuartel de una compañía de infantería. En dicho cuartel se alojaba una compañía en pie de guerra, que periódicamente se relevaba por el regimiento de guarnición en Nikolaevsk. Es difícil imaginar el gigantesco trabajo realizado por aquellas compañías para hacer de De Castries una fortaleza. Los espesos matorrales tuvieron que ser abiertos y desbrozados, para abrir a través de ellos una extensa red de caminos, por donde fuera posible el transporte de vehículos y cañones, y los campos cenagosos, por la proximidad del lago, fueron saneados. Las avenidas transversales, que conducen desde el río al mar, ostentan los nombres de los capitanes de las compañías, por ejemplo, Dombrovsky, Chistiakov, Shebalin, etc.

Los años iban pasando y los batallones se acostumbraban cada vez más a su nuevo género de vida, lo cual facilitaba poco a poco la llegada de reclutas. Ocupados en la creación de condiciones favorables para la vida, y no disponiendo de tiempo para pasatiempos y vicios, la instrucción mejoraba y llegáronse a tener perfectas unidades militares. Todo soldado que se incorpora a los tiradores siberianos, cualquiera que sea su procedencia anterior, pasa allí por una severa y laboriosa escuela militar. Durante los primeros cuatro meses de servicio, cuando los reclutas adquieren los conocimientos elementales individuales, pesa sobre ellos todo el trabajo de edificación, de corta de árboles, de acarrearlos por el río, de arrancar las raíces; pasando mucha parte del tiempo en los bosques, aprenden pronto a conocer el camino en medio de la más densa selva, a descubrir las fuentes, abrirse paso con el hacha, y vigorizan sus organismos por el constante ejercicio al aire libre.

Al año siguiente entran en los destacamentos de cazadores, que se forman de cuando en cuando en las compañías para ir en busca del oso, del tigre, del leopardo. Entonces, viven varias semanas en los matorrales, desafiando el peligro, desarrollando su sangre fría, su resistencia, y, lo que es más importante en la guerra, su iniciativa, combinada con el sentimiento del apoyo mutuo. Gracias a la abundante dotación de armas y a que los oficiales estimulan y protegen estos sports, hay ahora en los batallones de





Teatro de la guerra del Cáucaso

tiradores siberianos un gran número de cazadores de primera clase y unos tiradores de primera fuerza. Llevando consigo algunas raciones de galleta y conservas, pero sin mapas ni brújulas, se aventuran en los matorrales en grupos de dos o tres, y hasta aisladamente. Durante dos años el estudio del matorral se practica por estos hombres, que llegan a ser maes-

tros y superan todas las dificultades sin necesidad de herramientas y útiles. No se recuerda el caso de accidentes mortales en estas expediciones.

Ni el trabajo, ni la caza en los bosques se interrumpen durante el invierno, aunque el termómetro llega a señalar 50 grados bajo cero. Un capote de pieles hasta las rodillas, un gorro de piel negra (Pa-



paja), botas altas y un par de patines, son las únicas cosas en que se diferencia el uniforme de invierno del de verano.

mero total renuncia a regresar a Europa y se establece en la región, como obreros, labriegos, pequeños industriales, creándose una nueva Rusia, vi-



Bombardeo de Belgrado, en la noche del 28 al 29 de julio de 1914

(Dibujo de K. Ostritza)

Cuatro años de esta vida, tan diferente de la que se lleva en la Rusia europea del centro, fortalecen extraordinariamente a la tropa, y llega a serles tan agradable, que aproximadamente un cuarto del nú-

gorosa y próspera, muy diferente de la miserable población agrícola de la Rusia europea.

(Concluirá)



## CRÓNICA MILITAR

I. El empleo de las tropas de reserva.—II. Los ataques de los zeppelines a Inglaterra.—III. La escuadra británica y los métodos de la guerra naval.—IV. Combate naval del mar del Norte.—V. La campaña en Rusia.—VI. La situación el 31 de enero.

### I. — El empleo de las tropas de reserva

Los efectivos colosales de los ejércitos modernos, compuestos en pequeña parte por tropas activas o de primera línea, obligan a constituir unidades de reservistas, porque no bastan los cuerpos existentes en tiempo de paz para encuadrar a los hombres de las primeras reservas. Durante la guerra ruso-japonesa se acudió muy poco a la formación de cuerpos enteramente de reservistas, tendiéndose con preferencia a mantener siempre con los efectivos completos los cuerpos activos, mediante la incorporación de soldados de aquella procedencia; resultó de este método que a los pocos meses de empezada la guerra había cambiado por completo el personal de muchos cuerpos, pero el paso se hizo gradualmente y poco a poco desde los contingentes activos a los de reserva. Así y todo, se notó mucho en las operaciones la desaparición de las tropas de primera línea y su substitución por las de segunda: la calidad del ejército japonés se resintió, y desde los primeros meses de 1905 la extraordinaria capacidad combatiente de aquellas tropas, sobre todo en la ofensiva, resultó muy mermada. Contribuyó también poderosamente a este resultado la falta de buenos oficiales, por haber muerto o quedado inutilizados gran número de ellos en las batallas del año anterior.

En lugar de mantener los cuerpos de primera línea con los efectivos invariables, por verse en ellos los reservistas a medida que se fueran produciendo las bajas, los beligerantes en la actual campaña han optado por la formación de unidades de reserva, no comprendiéndose en ellas las de segunda y tercera clase, o sean la *landwehr*, *landsturm*, territoriales, honved, etc. Esa organización ha permitido crear un cierto número de cuerpos de ejército y llevar desde luego a la línea de batalla ejércitos de millones de hombres, cosa que no fuera posible limitándose a tener nutridas las unidades ya organizadas en tiempo de paz.

Los reservistas más jóvenes son destinados a los cuerpos de primera línea, pero con los demás se han formado unidades nuevas, agrupándolas en cuerpos de ejército, con arreglo a los mismos principios que regían para los normales. Gracias a este procedimiento, Alemania ha organizado un número de cuerpos de ejército que se hace ascender a cien — cifra que parece exagerada — en lugar de los veinticinco que figuraban en los cuadros de organización del tiempo de paz. Lo mismo han hecho Francia y Austria, y se cree que también Rusia, si bien podría ser que esta última potencia, que dispone de muchos cuerpos de ejército y no buenos cuadros de complemento, muestre preferencia hacia el método que podríamos llamar japonés.

Era un axioma universalmente reconocido que el verdadero ejército de combate, el llamado a resolver la guerra y tomar parte en las operaciones más difíciles y sangrientas, había de ser el de primera

línea; pero como la llamada de reservistas y su incorporación a los cuerpos para elevar los efectivos desde el pie de paz al de guerra, quebrantaría necesariamente la cohesión y la eficiencia de la unidad armada, Alemania y Francia reforzaron varios cuerpos ya en tiempo de paz, dándoles efectivos aproximados a los de guerra, para que resultara más fácil encuadrar a los reservistas incorporados. Los cuerpos así constituídos han desaparecido en gran parte a consecuencia de las terribles batallas de agosto y septiembre, y no ha habido ya motivo serio para dejar de emplear los cuerpos de reserva. Alemania ha reservado cierto número de cuerpos activos, reemplazando las bajas con voluntarios y reservistas, para las operaciones futuras, pero ahora el nervio de su ejército, empeñado en los combates de Francia y en la frontera del E., lo constituyen las formaciones de reserva. En el mismo caso se encuentran Austria, Rusia y Francia. Los cuerpos de primera línea están intercalados entre los otros, para dar mayor solidez al conjunto y para su empleo en los cometidos más difíciles.

Tal como se están desarrollando las operaciones en Francia hace cuatro meses, los cuerpos de reserva son tanto o más capaces que los de primera línea; la guerra de trincheras requiere un valor sereno, nervios bien templados, poca impresionabilidad, dotes que es más fácil haber adquirido a los treinta o treinta y cinco años que a los veinte o veintidós; los peligros de esta clase de guerra nunca son tan grandes como los de una campaña en campo abierto, y las privaciones menores y bastante más pequeñas las fatigas.

Para las operaciones ofensivas en grande escala se requiere ante todo una extraordinaria resistencia física, el olvido de la muerte, sentimientos impulsivos y una disciplina de hierro, cualidades que sólo se encuentran en todo su desarrollo en el ejército activo, compuesto de jóvenes que aún no son cabezas de familia y están avezados al servicio militar, y a quienes los peligros no les hacen pensar en las consecuencias que su muerte podrá tener sobre inocentes mujeres y niños dejados en la madre patria.

Algunos cuerpos de reserva alemanes se han batido bien en Polonia, en operaciones ofensivas, pero de este hecho sería prematuro deducir conclusiones definitivas. Es menester esperar que se reanuden las operaciones en grande escala en Francia, para comparar si el rendimiento de los cuerpos de reserva iguala o no al que dieron en meses pasados los de primera línea. Esta cuestión es muy interesante y en ella tienen fija su atención todas las naciones en las que rige el servicio militar obligatorio, porque siendo reservistas la inmensa mayoría de los soldados que componen un ejército en campaña, importa saber si los resultados defraudan o no las esperanzas que se habían puesto en lo que se llama propiamente la «nación en armas».



## II.—Los ataques de los zeppelines a Inglaterra

Cuando ya se comenzaba a poner en duda que los zeppelines fueran capaces de emprender la larga navegación desde sus bases a las costas inglesas, y cuando algunas opiniones de reputados hombres de ciencia acababan de manifestarse en contra de la posibilidad de aquel viaje, los hechos han venido a demostrar que si los zeppelines, en plena paz, pudieron emprender y terminar felizmente viajes de centenares de kilómetros, no hay motivos nuevos que se opongan al empleo de esta nueva arma de guerra. Las estaciones meteorológicas de Francia y de Inglaterra no dan ya a la publicidad, hace meses, el estado del tiempo ni de los desequilibrios atmosféricos, lo cual no deja de ser un contratiempo para los zeppelines alemanes, toda vez que estos dirigibles, por su escasa velocidad, que no excede de 80 kilómetros como máximo, no se encuentran en condiciones de luchar contra las grandes corrientes de la atmósfera. Pero hay otros medios más directos de explorar las elevadas capas atmosféricas, y es indudable que los aviones han sido eficazmente empleados con este objeto; aparte de que siendo corta la travesía del mar del Norte, basta, para que el ataque tenga éxito, que pueda realizarse sin graves contrariedades uno de los dos viajes: el de ida o el de regreso.

Aparte de los obstáculos que se encuentren por las corrientes de aire, el gran peligro para los zeppelines lo constituyen los aeroplanos enemigos. Los aviones son mucho más veloces, presentan menos blanco al tiro y pueden maniobrar con más rapidez, es decir, que les es fácil adelantarse al zeppelin, elevarse sobre él y atacarle con ventaja notoria. Contra esta eventualidad no hay más que dos medios de defensa: la directa, consistente en acompañar la escuadrilla de zeppelines por otra de aviones que se encarguen de hacer frente a los aeroplanos enemigos; y la indirecta, reducida a efectuar la excursión durante la noche y con las luces apagadas, manteniéndose a grande altura para que el ruido de las hélices no denuncie la aproximación de los dirigibles.

Los zeppelines de tipo más reciente desarrollan una velocidad de ochenta kilómetros por hora, y a toda marcha pueden navegar treinta horas, lo que da un recorrido de más de dos mil kilómetros, es decir, que caen dentro de su radio de acción todos los puntos situados a menos de mil kilómetros de la base. Reduciendo la velocidad a la mitad, la duración del vuelo llega a sesenta horas y el radio de acción a unos mil ochocientos kilómetros, quedando dentro de su esfera de ataque todas las islas británicas, Petrogrado, Lisboa y parte de Grecia, suponiendo que el zeppelin partiera de Colonia. Los dirigibles del tipo Parseval tienen un radio de acción menor, pero alcanza también a Inglaterra y toda Francia, así como la Polonia rusa. Es claro que si en vez de ser Colonia la base, se parte de un lugar más hacia el E. o al O., otro tanto se traslada en el mismo sentido el perímetro de la zona de ataque.

No obstante, el peligro no amenaza por igual a todos los puntos de esta zona. Como la construcción de un zeppelin no puede improvisarse, ni siquiera apresurarse mucho, sino que es obra de algunos

meses, los alemanes han de apurar todos los medios de previsión imaginables para sustraerlos a una acometida de los aviones enemigos, así como al fuego de los cañones de tierra y de los barcos. La protección por los aeroplanos propios no es enteramente segura, de suerte que ha de acudir a la más eficaz de las sombras de la noche. Ello requiere que el viaje de ida y el de retorno, en la parte comprendida en territorio enemigo, se efectúe de noche, por lo que los puntos realmente amenazados son aquellos que distan menos de 300 kilómetros (en la presente época del año) de las fronteras reales o eventuales. De esta suerte, es posible a un dirigible alemán, que parta de Cuxhaven con la anticipación necesaria, entrarse tierra adentro en la Gran Bretaña al llegar la noche y bombardear Londres y toda la costa occidental; París cae también en su zona de acción.

Contra tales ataques, la medida de resultados más eficaces, al parecer, es concentrar las escuadrillas de aeroplanos en diferentes puntos de la costa inglesa, para salir al encuentro de los dirigibles cuando éstos efectúen el viaje de regreso. Si se establece un perfecto sistema de comunicaciones telegráficas y la vigilancia y los preparativos nada dejan que desear, podrá conocerse con bastante aproximación la ruta seguida por los dirigibles y salir oportunamente las escuadrillas de aeroplanos a cerrarles el paso, cuando pongan el rumbo hacia Alemania. La persecución en plena noche, dará escasos resultados, y menos todavía hay que fiar en el tiro de los cañones de la artillería de costa o de campaña.

En los ataques que han tenido lugar en los días pasados, los zeppelines eran de la marina y partieron de Cuxhaven. La circunstancia de que no se apartaran de la costa, hace creer que trataban de atacar a los barcos ingleses o por lo menos reconocer sus fondeaderos. Las bombas que lanzaron fueron en corto número; breve el tiempo que permanecieron sobre las poblaciones atacadas, indicio de que se trataba más de un viaje de instrucción y de práctica que de una verdadera expedición de guerra. No cabe duda que ésta tendrá lugar más o menos tarde, pero cuando se efectúe no serán dos dirigibles los que la ejecuten, sino que habrá varias escuadrillas, apoyadas por aeroplanos, para despistar al adversario y llevar la confusión a sus golpes de respuesta. El ataque, sobre todo, alcanzará más importancia si las escuadrillas salen de puntos diferentes y por distintos caminos se dirigen a los sitios señalados. La combinación y simultaneidad de los ataques han de ser la garantía principal del éxito.

En primavera es cuando las corrientes atmosféricas se prestan más a la marcha de los zeppelines, pero en compensación la noche es más corta y la zona de ataque se reduce.

## III.—La escuadra británica y los métodos de la guerra naval

Francia está empleando en los campos de batalla todos los elementos, en hombres y material, de que dispone. Ha llamado a los contingentes del Senegal, a los argelinos y tunecinos, a los moros, ha adelantado la incorporación de los reclutas de 1915, ha impuesto una actividad febril a sus fábricas de artillería para que terminaran la construcción de piezas pesa-



das, de las que estaba escasa, está construyendo nuevo vestuario, y no descuida detalle para aumentar su potencia militar. Nada se le puede reprochar: está en guerra y realiza todos los esfuerzos a su alcance para vencer. Lo mismo puede decirse de Austria y de Serbia. Rusia, que tropieza con mayores dificultades, por su falta de talleres y carecer de industria nacional de material de guerra, no ha quedado atrás, y hace frente a los enemigos que se le han presentado en Europa y en Asia. Alemania todavía no ha enviado a las fronteras a todos sus soldados, pero como hasta ahora la guerra se resuelve favorablemente a sus armas, no hay derecho para pedirle más. Bélgica se ha sacrificado, y continúa luchando con el puñado de hombres que le queda. ¿Corresponde Inglaterra a los esfuerzos que hacen los demás beligerantes? Esta es la pregunta que ha comenzado a hacerse en Francia, primero en voz baja, luego en las columnas de la prensa por personalidades de relieve.

La respuesta no toca tan de cerca al ejército como a la marina. Todas o casi todas sus tropas disponibles las despachó la Gran Bretaña a Francia a poco de estallar la guerra, y llamó en su auxilio a las colonias y dominios, acudiendo contingentes indostánicos, australianos, canadienses, etc. Con diligencia ejemplar, activó y fomentó el reclutamiento voluntario, imponiéndose gastos cuantiosísimos para ofrecer positivas ventajas a los nuevos soldados y a sus familias; con actividad febril atendió a la falta de cuadros de oficiales y a la instrucción de los nuevos cuerpos, y ha organizado ya un nuevo ejército, cuyo efectivo asciende a más de medio millón de hombres. Al parecer, no serán enviados todos ellos al otro lado del estrecho de Dover, pero mientras no se sepa positivamente que los retiene en la metrópoli, no puede hacerse de esta presunción un argumento. El equipo de sus tropas, el verdadero lujo con que las ha dotado y la abundancia y riqueza de sus servicios auxiliares no tienen nada que envidiar a los demás ejércitos: realmente, hay que reconocer que apenas podía imaginarse que la Gran Bretaña llevaría a cabo en tan poco tiempo una obra tan difícil y compleja.

¿Acontece lo mismo con la escuadra? Desde el primer día de la guerra hasta el de hoy, las flotas británicas se han concretado a destruir los barcos enemigos que en el momento de romperse las hostilidades se encontraban en otros mares, alejados de sus bases, y proteger las costas inglesas; es decir, que la labor de los barcos ingleses ha sido exclusivamente defensiva, encaminada a salvaguardar los propios intereses, asegurando la libre navegación de los barcos mercantes ingleses y la continuidad del comercio británico. No ha intentado la destrucción de la escuadra enemiga, a pesar de ser ésta muy inferior en número y poder ofensivo y defensivo. Y como mientras Alemania conserve incólumes sus grandes unidades de combate y ocupe Bélgica, es difícil que la guerra termine con desventaja para ella, de aquí que belgas, franceses y rusos, que no han reparado en sacrificios, vuelvan sus miradas a la escuadra inglesa.

La flota alemana es más fuerte que la rusa, y sin embargo ésta no ha sido atacada por la primera, que ni siquiera ha buscado la ocasión de derrotarla. La

combinada franco-británica tampoco se ha distinguido más frente a la débil de Austria, de suerte que en un concepto general, no ha hecho la flota inglesa nada que la haga desmerecer comparada con las otras. Pero, se arguye, mientras la franco-inglesa ha tomado desde el primer día una actitud resueltamente ofensiva, y la alemana del Báltico obligó a encerrarse en los puertos a los barcos rusos, valiéndose para ello de simples cruceros protegidos y torpederos, la británica se mantiene a la expectativa, a la defensiva, frente a la alemana, cuyos barcos han salido repetidas veces de sus bases y han llevado la muerte y el espanto a las playas enemigas. El argumento no deja de ser de consideración y merece ser examinado.

La naturaleza ha favorecido a Alemania desde el punto de vista de la seguridad de su litoral. El del Báltico está resguardado por los estrechos de Dinamarca, de hecho infranqueables a los barcos de gran calado de la escuadra adversaria, por las líneas de torpedos que los defienden y la gran vigilancia que allí ejercen los torpederos y submarinos. Además, los fondeaderos suelen estar tierra adentro, y las entradas son angostas y de navegación no siempre fácil. Más abierta es la costa del mar del Norte, pero lo que no ha hecho la naturaleza lo ha suplido ampliamente la previsión humana. La isla de Heligoland, verdadera fortaleza acorazada anclada en medio del mar, oculta y resguarda a la escuadra alemana; numerosas obras de fortificación, poderosamente artilladas, impiden la entrada en los puertos militares, y aún en los comerciales, tanto en el mar del Norte como en el Báltico, y el canal del emperador Guillermo o de Kiel permite a la flota trasladarse de uno a otro mar, o encontrar un refugio seguro y a cubierto de los golpes del enemigo más osado. En estas condiciones, el ataque a las costas alemanas sería una empresa en la que Inglaterra correría muchas probabilidades de fracasar por completo, sin ventaja ninguna, antes al contrario, para ella misma y para sus aliados.

El litoral británico, al revés, por su enorme longitud, presenta muchos puntos abiertos a los ataques, y es de hecho imposible defenderlo, ni por el mar valiéndose de escuadras, porque serían menester millares de barcos, ni desde tierra firme, toda vez que haría falta un ejército inmenso y un número de fuertes y de cañones casi inverosímil. Nada de particular tiene, por consiguiente, que los barcos alemanes hayan podido llegar en algunas ocasiones a la costa enemiga y cañonear varias poblaciones. Al obrar así se arriesgaban a perder una o todas las unidades empleadas en la empresa — y de ello ha sido ejemplo elocuente el último combate naval — pero ha de reconocerse que Inglaterra no podía impedirlo a menos de comprometer la existencia de su flota entera.

En efecto, para evitar que los barcos ligeros alemanes llegaran a la vista de las costas inglesas, no había más que dos medios: hacer que cruzaran junto a ellas varias divisiones, lo bastante enlazadas entre sí para no ser batidas en detalle, o cerrar por medio de escuadras las dos desembocaduras de la isla de Heligoland. Lo primero es impracticable, toda vez que habrían de emplearse en la vigilancia todos los barcos sin excepción, y sus cualidades marineras padecerían gravemente, por la incesante permanencia



en el mar, navegando, llegando en malas condiciones a la batalla el día en que ésta tuviera que reñirse. Lo segundo adolece del mismo inconveniente; no serían menester tantos barcos, es verdad, pero dada la distancia de Heligoland a Alemania y a Inglaterra, sería posible a la primera concentrar sus unidades contra las de vigilancia enemigas y batirlas antes de la llegada del grueso. Es decir, que las dos soluciones, para tener eficacia completa, implican el empleo continuo de casi toda la escuadra, y por lo tanto su ruina militar a los pocos meses. Tiene, sin embargo, la segunda solución una ventaja no despreciable: mientras la primera envuelve la idea de defensiva, y desmoraliza a las dotaciones y al pueblo si el enemigo consigue burlar la vigilancia y llegar a la costa, la segunda está más en armonía con el método de ofensiva y deja a salvo el prestigio de la escuadra.

El primer método fué el adoptado y seguido, desde el mes de agosto hasta mediados de diciembre. Sus resultados fueron deplorables. No sólo no se evitó la salida de la escuadra enemiga, sino que las líneas de torpedos fondeados se han ido estrechando alrededor de las islas británicas, lo mismo por el E. que por el N., el S. y el O. Replegando los barcos, se abandonaba la iniciativa al adversario y todas las ventajas quedaban a favor de éste, dándose el caso, depresivo para los ingleses, de dejar el mar a disposición del enemigo, mucho más débil. Sólo en aquellos parajes cuyo dominio convenía conservar a todo trance, como el canal, por ejemplo, cruzaban divisiones de barcos fuertes por su poder ofensivo, pero anticuados y por lo tanto de escaso andar, víctimas a menudo de los ataques de los submarinos alemanes.

El nombramiento del nuevo almirante para el mando de la flota principal ha llevado consigo un cambio completo en estos procedimientos. No son los barcos viejos los que deben oponerse a las correrías de los alemanes, sino los de mucho andar y fuerte artillería, esto es, los grandes cruceros acorazados de tipo más reciente; y estos barcos han de explorar las salidas de la isla Heligoland para caer sobre el adversario si éste es débil y para huir sin ser alcanzados y poder dar la señal de alarma, si se reúnen muchos barcos.

Es verdad que padecerán sus cualidades marineras, pero Inglaterra cuenta con muchas unidades de esta clase, y en todo caso los acorazados de combate, que no han de tomar parte en esta labor preventiva, serán los que tomarán a su cargo la decisión el día de la batalla.

Este método, sin constituir una ofensiva franca y clara, está más en armonía con la incontrastable fuerza de la armada británica. No tiende a quebrantar al enemigo, en tanto no se aventure éste lejos de sus bases, pero lo reduce a la impotencia. Si este fin se logra, la escuadra británica habrá cumplido cuanto de ella puede desearse, sin que sea lícito pedir que se lance a una aventura desastrosa. Si la flota alemana sale dispuesta a trabar batalla, habrá llegado el momento de que la británica ponga en línea sus grandes unidades. Antes, no debe hacerlo.

Y de la misma manera, tampoco debiera, queda dicho en otra crónica, salir la flota alemana en pequeñas fracciones, brindando ocasiones a la adver-

saria de alcanzar un triunfo fácil y reanimar el espíritu del pueblo. El bombardeo de los puertos británicos no es, al fin y al cabo, un objetivo de orden militar que valga la pena de sacrificar un simple crucero protegido, ni el efecto de intimidación parcial que provoque hará anticipar la conclusión de la guerra. Si los alemanes aprovechan la lección que para ellos se ha traducido en la pérdida del *Blucher*, pueden dar por bien empleada la destrucción de este crucero; de lo contrario, los reveses se sucederán y nada ganará el espíritu de las dotaciones ni la energía moral de la población.

Otra cuestión muy interesante es la del empleo de los submarinos. ¿Son éstos un arma defensiva u ofensiva? Gran parte de la opinión se ha pronunciado en este último sentido, fundándose en que la marina más débil, la alemana, es la que ha tenido más éxitos con esta nueva arma. Pero lo que importa no es la fuerza relativa de las escuadras, sino el empleo que se haga de los submarinos, y las circunstancias que facilitan sus ataques.

Inglaterra posee aproximadamente doble número de estos pequeños barcos que Alemania; no obstante, casi nada hay que anotar en el haber de los británicos, cuya proeza más notable es la destrucción del viejo barco turco *Messudiéh*; más que posible, probable es que el ataque hubiera fracasado ante un enemigo más capaz, porque nada han podido hacer los submarinos ingleses contra las bases y puertos alemanes, ni tampoco los franceses contra la escuadra austriaca.

Los submarinos alemanes no han conseguido sus victorias junto a sus costas, ni cerca de los barcos grandes, que podrían apoyarles y protegerles. Al contrario, alejándose a distancias casi increíbles, aventurándose en mares cruzados por las escuadras enemigas, y aprovechando unas veces el descuido de los adversarios, otras las sombras de la noche o el mal tiempo, es como han asestado sus terribles y mortales golpes. Es decir, que los éxitos de los submarinos alemanes se han debido fundamentalmente a la táctica ofensiva de que se han valido. Ahora, para que esta táctica dé buenos resultados, es menester, aparte de las cualidades sobresalientes del comandante y de la dotación, que los barcos enemigos estén en alta mar, navegando, o sea en las condiciones en que se coloca toda flota que trata de atacar o simplemente de bloquear a un adversario. Por lo que hasta ahora se ha visto, la escuadra que esté anclada en un puerto y haya adoptado las precauciones más elementales, se encuentra a cubierto de las asechanzas de los submarinos; las tentativas de los alemanes para forzar la entrada del puerto de Dover, fracasaron; fracasó también el ataque del submarino francés *Curie* contra la escuadra austriaca en iguales condiciones, y la misma suerte tuvo el *Saphir*, también francés, poco después.

Se debe, pues, concluir que los submarinos son principalmente útiles a las naciones cuyo poder naval sea inferior al de su enemigo.

#### IV.—Combate naval del mar del Norte

El día 24 de enero, al amanecer, salió de los fondeaderos al E. de Heligoland una flota alemana compuesta de los cruceros de batalla *Moltke*, *Seid-*



lytz y *Derfflinger*, el crucero acorazado *Blucher*, y algunos cruceros y destroyers, con el propósito de dirigirse al E. y cañonear las costas inglesas. A unas ciento veinte millas al NO. de aquella isla, fué descubierta la escuadra alemana por otra británica, que cruzaba por aquellos parajes, compuesta por los cruceros de batalla *Lion*, *Tiger*, *Princess Royal*, *New Zealand* e *Indomitable*, varios cruceros y dos flotillas de destroyers.

A la vista de la escuadra enemiga, la alemana, inferior en fuerzas, trató de sustraerse al combate y puso el rumbo al SE., pero los cruceros de batalla británicos, dotados de extraordinaria velocidad, le dieron alcance, porque el almirante alemán, llevado del deseo de conservar todas sus unidades, ajustó la marcha de su división al andar del crucero menos veloz, el *Blucher*, cuya velocidad no llegaba a 25 millas, mientras que las unidades inglesas podían desarrollar, y desarrollaron, la máxima de que eran capaces, 29 millas.

El fuego se rompió a 18.000 metros, y pronto se puso de manifiesto la superioridad de la artillería británica, de mayor calibre y más numerosa; a los pocos minutos, los proyectiles comenzaron a batir los cruceros alemanes, y convencido el almirante de que la continuación del combate conduciría a la destrucción de todas sus unidades, abandonó a su suerte al *Blucher* y huyó a toda máquina con los demás barcos. Al cabo de tres horas de fuego, poco después de la una de la tarde, el *Blucher* se fué a pique, siendo salvada parte de su tripulación por la escuadra inglesa. Dos cruceros alemanes recibieron averías de poca consideración. El *Lion* (insignia), británico, fué alcanzado debajo de la línea de flotación por un proyectil, y quedó tan averiado que hubo de ser tomado a remolque por el *Tiger*; se cree fundadamente que el *Lion* se fué a pique antes de llegar a aguas inglesas, así como un destroyer; también fué herido el *Tiger* por los proyectiles alemanes.

Antes de exponer las consecuencias que se deducen de este combate, es menester tener a la vista las características de las unidades que en él tomaron parte.

El *Derfflinger* es un crucero de batalla, construido en 1913, de 28.000 toneladas, armado con ocho cañones de 30,5 centímetros, 12 de 15, cuatro tubos de lanzar y una velocidad de 28 millas. El *Seydlitz* es otro crucero de batalla, construido en 1912, de 24.640 toneladas, diez cañones de 28 centímetros, 12 de 15 y cuatro tubos de lanzar; su velocidad es de 29 millas. El *Moltke* fué construido en 1910, es también un crucero de batalla, de 22.640 toneladas, diez cañones de 28 centímetros, 12 de 15 y cuatro tubos de lanzar, y su velocidad llega a 28,5 millas. Finalmente, el *Blücher* era un crucero de transición, acorazado, de 15.550 toneladas, 12 cañones de 21 centímetros, 8 de 15, cuatro tubos de lanzar y una velocidad de 25 millas; fué construido en 1908.

El *Lion* es un crucero de batalla, construido en 1910, de 26.350 toneladas, 8 cañones de 34,5 centímetros, 16 de 10,5, dos tubos de lanzar y una velocidad de 29 millas. El *Tiger*, es también crucero de batalla, construido en 1913, de 28.000 toneladas, 8 cañones de 34,5, 12 de 15, velocidad de 29 millas. Crucero de batalla asimismo es el *Princess Royal*,

construido en 1911, de 26.350 toneladas, 8 cañones de 34,5, 16 de 10,5, y 29 millas. Del mismo tipo es el *New Zealand*, construido en 1912, armado con 8 cañones de 30,5 centímetros, 16 de 10,5, dos tubos de lanzar y velocidad de 26 millas. El *Indomitable*, de batalla como los demás, fué construido en 1907 y está armado con 8 cañones de 30,5, 16 de 10,5, cinco tubos de lanzar, y una velocidad de 26,5 millas.

Comparando entre sí las dos escuadras, resulta que a los 8 cañones de 30,5, 20 de 28 y 12 de 21 de los barcos alemanes, opusieron los ingleses 24 de 34,5, y 16 de 30,5, es decir que el peso de acero lanzado por los barcos británicos era aproximadamente doble del arrojado por los alemanes; además, el alcance de los cañones de 34,5 excede en más de dos kilómetros al de los de 30,5, de suerte que casi impunemente podían batir los ingleses a sus adversarios. Sobre todo cuando el *Blucher* quedó solo, su destrucción pudo hacerse con la misma tranquilidad que en un ejercicio de tiempo de paz. El *Blucher* era un barco de transición, como se ha dicho; se había sacrificado el espesor de su coraza al deseo de dotarle de gran velocidad, pero esta resultó muy pronto sobrepujada por los barcos de tipo más reciente, de modo que no era más que un simple crucero acorazado, imposible de compararse con los tres cruceros-dreadnoughts británicos, y tampoco con el *New Zealand*, el *Indomitable*, ni con el *Seydlitz* y el *Derfflinger*. A los fuertes dreadnoughts británicos respondieron los alemanes con el *Blucher* y algunos otros, pero no tardaron en reconocer su error, y en los de tipo posterior aumentaron la velocidad, el espesor de la coraza y el armamento, mediante el mayor tonelaje y el sacrificio de la artillería de pequeño calibre.

Ha de notarse, sin embargo, que por la disposición de las torres en las unidades alemanas, el volumen de fuego era mayor en retirada que en caza, y habiéndose desarrollado la batalla en la primera forma, para los alemanes, pudieron éstos compensar en parte la inferioridad de su artillería.

En este concepto, obró bien el almirante alemán dejando atrás al *Blucher* y escapando con el resto de su flota; pero en la composición de ésta se había cometido un error fundamental. Una de las principales ventajas de que se han envanecido los alemanes con respecto a su marina de guerra, es haberla constituido con divisiones homogéneas, de barcos del mismo tipo y de iguales características, lo cual facilita la maniobra en el combate, así como la navegación en alta mar, cuando el enemigo está cerca o se teme su aparición. Pues bien, esta homogeneidad se perdió el 24 de enero, porque el *Blucher* era mucho menos veloz que sus compañeros, y toda la escuadra tuvo que ajustar su andar al de este crucero, siendo ello causa de que no pudiera rehuir el encuentro y tuviera que aceptar el combate en condiciones peores.

Mientras la velocidad de la escuadra alemana era de 25 millas, alcanzaba la británica la de 26; pero así como los cruceros alemanes más rápidos desarrollaban un andar de 28 y 29 millas, la rapidez de los británicos llegaba a 30 millas con tiro forzado. El *Lion*, el *Tiger* y el *Princess Royal* formaban una división extremadamente homogénea, en armamento,





Oficiales turcos reconociendo un paso del Cáucaso

protección y velocidad, capaz por sí sola de luchar con ventaja con la división alemana.

Los mismos ingleses han reconocido que fué una gran torpeza del almirantazgo alemán enviar a través del mar del Norte una escuadra cuyos mejores barcos no podían desarrollar todo su andar, y cuyo heterogéneo armamento les impedía entablar la batalla en buenas condiciones con otra flota en que presidiera la unidad. No obstante, la precisión del tiro alemán permitió resolver la batalla con honor y aun con ventaja.

Ese empeño de batir los puertos ingleses, exponiendo algunos cruceros a travesías largas y lejos de sus bases, había de conducir a un fracaso más o menos pronto, y así lo dije ya en otra Crónica. Patrullando las escuadras inglesas a no gran distancia de Heligoland, era de esperar que un día u otro vieran los alemanes cómo les cortaba el paso un enemigo

más fuerte; la única probabilidad de rehuir este peligro o de no ser derrotados, consistía en emplear para este cometido los cruceros más rápidos o formar divisiones muy fuertes, capaces de batirse con ventaja con una escuadra de cruceros de batalla británicos, y ninguno de ambos requisitos se cumplieron en la formación de la flota alemana. Por otra parte, si bien es innegable que el efecto moral producido en Inglaterra por los bombardeos del litoral ha sido siempre extraordinario, el resultado militar es tan escaso, que ciertamente no vale la pena de exponer buenos barcos para obtener un mero efecto de intimidación. No es cañoneando el litoral, sino echando a pique las unidades enemigas, como Alemania puede prometerse buen éxito en el mar; y era a todas luces preferible el método seguido de septiembre a fin de noviembre (empleo de submarinos, minas fondeadas y torpederos), que el aplicado desde principios de diciembre; la lentitud quedaba más que compensada con la eficacia del éxito. Si no cabe ya, por circunstancias que se desconocen, el empleo de aquellos medios, y tampoco se considera indicado el envío de dirigibles y aeroplanos, es preferible desistir de llegarse a las costas enemigas, que causar daños en edificios privados a trueque de perder barcos que no se han construido para fines tan poco militares.

Mandaba la escuadra de cruceros británicos el vice-almirante sir David Beatty y la flotilla de destroyers el comodoro Tyrwhit.

## V. — La campaña en Rusia

Hace aproximadamente un mes que los alemanes, al O. de Varsovia, llegaron a las orillas del Bzura y del Ravka y suspendieron su hasta entonces victoriosa ofensiva, detenidos por las fuertes posiciones que en aquel sector habían preparado los rusos. Créase entonces una situación parecida a la que hay en el teatro de Francia: los alemanes dejaron frente al enemigo las fuerzas estrictamente necesarias, y despacharon las demás a otro lugar, que todavía no se sabe cuál es. Y con la misma firmeza con que se defienden y mantienen los ejércitos alemanes del O. desde Nieuport a los Vosgos, se están batiendo las tropas dejadas en las inmediaciones de Varsovia. Por sorprendente que parezca, lo cierto es que ni la



Un destacamento ruso, entregándose prisionero, durante la batalla de Lodz



proximidad de esta potente plaza fuerte, protegida por fuertes destacados, ni la masa inmensa de las tropas rusas, ni la deficiencia de Polonia en vías férreas, ni la gran distancia que separa al Bzura de las fronteras alemanas, han inducido a la menor vacilación al mariscal Hindenburg; tomó posiciones en los ríos citados, con la misma tranquilidad que si se encontrara al abrigo de una fortaleza, y allí continúa.

Entre tanto, se está dibujando hace días un movimiento de los rusos en la orilla norte o derecha del Vístula, en dirección a Thorn, habiéndose librado cerca de Lipno algunos combates de escasa importancia. Hay tropas alemanas más al N., delante de Mlava; las hay también por el S., muy cerca del Vístula, y no cabe duda que la frontera, cubriendo Thorn, está igualmente guarnecida. Si los rusos se proponen, como parece, flanquear al ejército alemán estacionado al O. de Varsovia, esperando cortarle de su base y destrozarle si el Vístula se congela, y además llegar a Thorn por el camino más directo y menos guardado, habrá que reconocer que este plan es de una inocencia rayana con la candidez, porque poseyendo los alemanes una red ferroviaria completa y muy superior a la rusa, podrán acudir a tiempo a conjurar el peligro que les amenaza. Cuesta trabajo creer que los rusos abriguen el plan expresado, sobre todo recordando que antes de la marcha del cuerpo hacia Thorn, en la segunda quincena de diciembre, se señaló la presencia de fuertes columnas alemanas muy al E. de Lipno, columnas que luego han retrocedido sin presentar obstinada resistencia. ¿Acaso los rusos se meterán espontáneamente en un callejón de difícil salida? Más probable es que el movimiento expresado no tenga otro objeto que el de distraer la atención de los alemanes, apartándola del punto en que va a emprenderse el esfuerzo principal, o evitar que los mismos alemanes saquen demasiadas fuerzas de la Polonia para llevarlas a otro teatro. La actividad que en estos días están demostrando los rusos en las fronteras de la Prusia oriental es un indicio en favor de la última hipótesis. El mal tiempo y el espantoso frío que ahora reina en aquel teatro son fuertes obstáculos contra los movimientos de ejércitos numerosos, pero de todos modos no pueden transcurrir muchos días sin que la iniciativa alemana se presente de nuevo, bien hacia el N. del Vístula, ya mucho más al S.

La paralización de las operaciones en los Cárpatos, los combates de artillería en el Nida, donde ninguno de los dos contendientes parece que tiene deseos de entablar batalla, y las pequeñas ventajas logradas por los austriacos en la Bukovina, reconquistando los pasos de las montañas y casi todas las laderas orientales, más que señales de pasividad, son indicios de que los dos ejércitos están realizando grandes movimientos de tropas detrás del frente de batalla. Hemos de esperar, por consiguiente, que a no tardar nos encontremos en presencia de una nueva situación.

## VI.—La situación el 31 de enero

En el teatro oriental, los dos beligerantes han estado dando mayores pruebas de actividad. Un fuerte ataque de los alemanes contra Givenchy, al O. de la Basée, ha sido rechazado.

En compensación, los franceses han tenido un descalabro en Craonne, perdiendo en los combates del 26 al 28 más de mil prisioneros, y también en el bosque de Argonne han retrocedido. Parece que uno de los propósitos de los alemanes es acabar de apoderarse de la orilla derecha del Aisne desde Soissons al E., y que acumulan fuerzas en el sector de la Basée.

En la Prusia oriental, los rusos han atacado Pillkanen y conseguido algunos pequeños éxitos. Por ahora, los contingentes que luchan en aquella región no son de importancia.

En la orilla N. del Vístula, hacia Thorn, no han vuelto a reñirse combates dignos de mencionarse. Continúan los ataques de los alemanes, en la orilla izquierda de aquel río, hacia Varsovia, probablemente para inmovilizar el mayor número posible de tropas enemigas.

En Galizia se señala la aproximación de gruesas masas austriacas, que comienzan a desembocar de los puertos de los Cárpatos y descienden por las laderas orientales. Los rusos no han podido resistir este empuje y se han replegado un poco más al E. Todavía no puede predecirse si se trata de una ofensiva austro-húngara con objeto de llegar a Przemyśl, o si estos movimientos obedecen simplemente a una nueva agrupación de aquellas fuerzas. En Bukovina, los austriacos han arrojado a los rusos hacia el E., consiguiendo avanzar cerca de la frontera con Rumanía; no opera en esta región más de un cuerpo de ejército, ignorándose si se presentarán en ella algunos cuerpos alemanes que hace días estaban en marcha por Hungría y la parte occidental de la Transilvania.

Los turcos han vuelto a tomar la ofensiva en el Cáucaso, en el sector de Olty, y en la dirección de Kars, librándose pequeños combates. En Persia, el avance turco parece contenido a la altura de Tabriz.

Ha habido algunas escaramuzas en el camino que cerca de la costa del Mediterráneo conduce al canal de Suez; los turcos han sido vistos por las avanzadas británicas a unos 50 kilómetros del canal; más al S. se ha advertido también la presencia de tropas otomanas.

Las dunas protegen el camino expresado de los fuegos de la escuadra británica, que resulta impotente para contener por sí misma aquel movimiento. Se cree en Egipto que también los turcos avanzan a través de la península del Sinaí. De todos modos no es de esperar que ocurran pronto sucesos importantes en este teatro de la guerra.

JUAN AVILÉS

Coronel de Ingenieros

2 de febrero de 1915.